

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

III. Traducciones a la práctica

Las páginas que siguen no ofrecen una aplicación lineal de las convicciones responsables ni un método cerrado para repetir. Presentan traducciones situadas, parciales e imperfectas, que intentan mostrar cómo estas convicciones pueden moverse en conversaciones donde el doler toma forma de queja, denuncia, protesta, memoria, pesadilla, confusión, consentimiento, duelo, restitución o rendición de cuentas.

Cada territorio de esta parte trabaja una forma distinta de responder al doler. A veces se trata de honrarlo como logro subversivo. A veces de interferir las tecnologías que intentan silenciarlo, desviarlo o patologizarlo. A veces de acompañar su paso hacia formas más nombradas, colectivas y exigentes de justicia.

Queja, denuncia y protesta como
sofisticaciones políticas del doler

Una forma de pensar la expresión del dolor subversivo es distinguir tres formas de organización narrativa y política: queja, denuncia y protesta. No las entiendo como una escala moral ni como una secuencia obligatoria. Las entiendo como distintos modos en que el dolor puede ir encontrando nombre, dirección, compañía, cuerpo común y reclamo de justicia. Las historias que siguen muestran cómo este desarrollo puede aparecer en el cuerpo, en las pesadillas, en la confusión, en el rechazo y en la pregunta por el consentimiento.

15. De la queja a la denuncia y la protesta

El recorrido de esa expresión puede pensarse a través de momentos que, aunque no son lineales ni secuenciales, permiten distinguir niveles de organización de esa expresión.

El primer momento es la queja. Un malestar, una incomodidad, una sensación de que algo no está bien. Puede ser un gesto, un tono de voz, una mirada, una inconformidad o una insatisfacción que no tiene todavía nombre. Puede ser un dolor que aún no se nombra como tal. Incluso puede ser un llanto que la propia persona no sabe explicar, una angustia que parece venir de ninguna parte. Ese es ya un discernimiento, aunque no se haya formulado. El protocolo patriarcal del silenciamiento ya opera ahí, patologizando esa queja, ridiculizándola, descalificándola, o simplemente ignorándola.

El segundo momento es la denuncia. Cuando la queja logra nombrarse, cuando la persona puede decir «esto fue injusto», «esto fue abuso», «la vergüenza tiene que cambiar de lado». La denuncia no necesariamente implica ir a la policía o a un tribunal. La denuncia íntima, la que ocurre en una conversación, en un diario, en una sesión de terapia, en una carta que no se envía, ya es un acto de agencia enorme. Es pararse en un territorio de claridad que el protocolo ha hecho todo lo posible por impedir.

El tercer momento es la protesta. Cuando la denuncia ya no solo dice lo que no quiere sino que demanda lo que debiera existir. No solo dice «me abusaron» sino «queremos una vida libre de miedo». No solo dice «paren de asaltarnos» sino «queremos calles seguras». La protesta suele adquirir mayor exposición, mayor organización colectiva y mayor capacidad de interpelar al poder, material y/o simbólica. Y por eso mismo también se criminaliza. Las protestas son el momento en que el doler subversivo se ha organizado con suficiente fuerza como para interpelar al poder. Y el poder responde con más tecnologías de silenciamiento, ahora también con la coacción directa, la represión policial, la judicialización, el encarcelamiento.

Para que alguien pueda denunciar, para que pueda dar pasos que involucren a otros y otras en la expresión de estas denuncias, debe haber condiciones básicas para que esto ocurra. Judith Butler, en *Lenguaje, poder e identidad* (2004), insiste en que si las denuncias no encuentran un lugar que las acoja, entonces puede ser que las secuestre el poder hegemónico. Sara Ahmed (2022) lo trabaja con detalle en *¡Denuncia!*, mostrando cómo las instituciones operan precisamente cerrando los espacios donde una denuncia podría aterrizar y producir efectos. Las personas sabemos lo que cuesta denunciar. Las personas conocemos el protocolo patriarcal del silenciamiento. Estamos dentro de ese protocolo. Somos parte de la reproducción permanente de ese protocolo. Denunciar implica tener algún nivel, aunque sea mínimo, de esperanza de que alguien podría honrar esa denuncia, o de que habrá algún lugar donde ir en momentos difíciles, o un grupo de personas que apoyarán, abrazarán, estarán.

Por eso, lo primero que captura mi curiosidad en terapia cuando voy a responder una expresión de doler es el contexto que ha hecho posible que esa expresión esté tomando forma visible para el mundo. Estas expresiones incluyen pesadillas, flashbacks, memorias disociadas, entendidas como imágenes disociadas buscando asociación, memorias en forma de pesadillas de los eventos abusivos que vienen a recuperar nombres, rostros y lugares de lo que estuvo mal y que parecían en el olvido.

¿Qué sería de la dignidad y el derecho legítimo a existir si fuéramos indolentes frente a los abusos, las humillaciones y las injusticias?

Quienes han vivido o viven de manera continua lo que yo llamo escenas de la humillación, que son abusos de poder en múltiples formas (descalificaciones, violaciones, bullying, avasallamientos, prepotencias, acosos, traiciones de la confianza, burla, amenaza permanente de muerte o daño inminente, continua inseguridad económica, de integridad física, emocional, sin acceso a un sistema de salud mínimamente decente, a una vejez visible y cuidada), no son nunca indiferentes. Las personas nunca somos indiferentes a las transgresiones a nuestra dignidad. El opuesto a la dignidad es el abuso, por lo que la indignación sería el acto fundacional de queja, denuncia y protesta que se expresa como diversas formas de doler.

Con esto no estoy afirmando que el doler siempre responde a abusos de poder. También puede ser expresión de un amor que cambia su forma, una relación que se termina o una conexión con el valor de estar vivos. También puede tomar una forma patriarcal, capitalista y colonial y ser doler de propiedad privada, competencia y acumulación o supremacía, y de todo eso escribiré más adelante. Pero en este capítulo me centraré en el doler como expresión de queja por lo que está mal, denuncia para reclamar o exigir justicia y restauración, protesta como forma colectiva de reclamar de vuelta aquello que se ha vulnerado, y homenaje a todo aquello que sostiene la vida que está siendo amenazado.

¿Dónde termina mi cuerpo y empieza la vida?

Los relatos también son cuerpo. El cuerpo también es relatos.
(ÍLG)

Estoy sentado frente a un auditorio, en una posición de clara ventaja. Con un micrófono. Reconocido en esta invitación por una prestigiosa universidad. Estoy probablemente en un lugar en el que nunca en mi vida imaginé o

pretendí estar, y con esto no le resto importancia o valor a este lugar, solo que mi carrera no ha sido especialmente académica, no tengo ni doctorado ni magíster y por lo mismo es difícil que me den acceso a un espacio como este. Mi trabajo ha sido hasta aquí preguntarme colectivamente cómo podemos desde nuestros lugares de ventaja contribuir con la invención de formas locales de justicia y con el honramiento de la dignidad.

Estando aquí, en esta posición, mi cuerpo se excita y se estremece. Probablemente desde antes de llegar ya lo percibo. También me imagino que posiblemente después de un rato mi corazón se irá tranquilizando. En este momento puedo sentir cómo mi corazón late distinto, cómo la tensión de mis músculos es diferente, cómo cambia mi respiración. Y entonces pienso: ¿cómo es que esto ocurre? ¿Qué fuerzas afectan a mi cuerpo? ¿Qué fuerzas son las que provocan que uno pueda experimentar estos fenómenos, sudor de manos, tensión muscular, estómago apretado?

Estoy en un lugar protegido. Mi cuerpo anatómico no corre ningún riesgo. Mis ideas y mis palabras están alojadas y además amplificadas por un micrófono, por un podio, por un espacio que las valida incluso antes de que quienes escuchan decidan si estarán de acuerdo o no, si resonarán o no, o si será relevante o no lo que yo comparta aquí.

Por eso me pregunto por los límites del cuerpo. ¿Por qué si mi cuerpo anatómico está protegido y seguro, igual percibe una supuesta o posible amenaza? Identifico que mi cuerpo está atravesado por voces de una comunidad que quizá no quiere que yo esté aquí, o incluso por una comunidad de vida que en algún momento tal vez no quiso que yo estuviera en el mundo. Son las voces de los compañeros de curso que me hicieron bullying, la memoria del cuerpo de humillaciones, de personas que no cuidaron, de abusos traducidos en prácticas y enunciados que construían o inventaban mi identidad como humillable, insuficiente o descalificable.

Las fronteras de mi cuerpo anatómico se diluyen cuando estas voces lo atraviesan. Voces que ya no están presentes ni en el territorio ni en el tiempo actual, pero que sí están y tienen el potencial de hacerse presentes aquí, ahora,

y de controlar alguna parte de mi cuerpo anatómico, pensamientos, corazón y manos.

Pienso también en las ideas amenazantes que me han visitado en contextos parecidos a estos: ¿me irá bien en esta conferencia?, ¿me habrán invitado a mí por error?, ¿se irán a arrepentir quienes me invitaron después de escucharme?, ¿será valioso lo que tengo para decir?, ¿será algo que ya todos saben?, ¿o será algo que quizá no interese a nadie?

Por eso pienso en los límites del cuerpo. ¿Dónde empieza mi cuerpo y dónde termina? ¿Dónde empieza el tiempo en mi cuerpo y dónde termina? ¿Dónde empiezan y dónde terminan los territorios en mi cuerpo anatómico? ¿Las ideas comienzan en el cuerpo anatómico, se quedan allí, salen, o vienen de afuera? ¿Son un abrazo de lo de afuera y lo de adentro, lo íntimo y lo público?

Mi cuerpo cambia mientras escribo esto. Recuerdo cuántas veces he estado en situaciones similares y pienso que quizá, a esta altura, mi corazón ya ha vuelto a su ritmo habitual. Tal vez me siento un poco más confiado. Y esto solo será posible gracias a la recepción abierta, respetuosa y curiosa de quienes están aquí frente a mí y también de quienes, a la distancia, nos escuchan.

Así advierto cómo, pese a la distancia, sus cuerpos, sus ideas, sus miradas atraviesan mi cuerpo anatómico y lo convierten en un cuerpo colectivo, en un cuerpo legítimo, por lo tanto una vida legítima, en un cuerpo vivo, excitable, y al mismo tiempo con la capacidad de excitar, de afectarse y verse afectado. Un cuerpo con potencia gaudendi, la potencia de vida asociada al placer, a la vida. La de un cuerpo que puede moverse hacia otras corporalidades, atravesando diversas dimensiones de la existencia.

Desde allí pienso en el doler espiritual, en el sufrimiento, en el doler del cuerpo anatómico y en su vínculo con el doler subjetivo y espiritual, mal llamado dolor psicológico o psíquico. Me pregunto entonces: ¿doler es algo natural o es algo que construimos, generamos y potenciamos? ¿Es por lo tanto algo que hacemos colectivamente y no simplemente algo que nos pasa?

Y pienso en Gaza, pero también en la Argentina bajo el fascismo criminal del presidente Milei. En los Estados Unidos, gobernado por un hombre heterocis blanco que sabe mucho de torres, oro, armas y guerra, pero muy poco de la vida y de su verdadera riqueza.

Y me pregunto por estos poderosos involucrados en tiranías. ¿Duelen por el abuso que ejercen? ¿Dónde está su sufrimiento espiritual? ¿Dónde está su espíritu? ¿Qué es el espíritu?

Si sigo a Michael White, y con él a Michel Foucault, podríamos decir que el espíritu son los territorios éticos preferidos de la vida, pero no cualquier ética. Porque el doler puede provenir de la ética del control, de la violación, del abuso, de la imposición, de la prepotencia. Pero también puede venir de la ética de la ternura, de la colaboración, de la solidaridad, de la resonancia, del cuidado y de la vida.

No dolemos por una supuesta naturaleza interna que traemos como humanos, esto no tiene nada que ver con la ficción de la humanidad y la historia de la naturaleza humana. Dolernos, condolernos, es posible porque hay una política que nos lo permite. Doler porque podemos resonar, y en esa resonancia abrazarnos, rompiendo las dimensiones temporales, espaciales, territoriales y lingüísticas. Doler es un logro, relacional y distribuido, por lo tanto colectivo, y es un testimonio de la agencia relacional y distribuida que nos permite abrir las jaulas del mundo para crear nuevas subjetividades y formas de existencia.

Nuestra experiencia trasciende el cuerpo anatómico individual y se vuelve cuerpo compartido, relacional, capaz de afectarse y dolerse como forma de denuncia y protesta, pero además como una forma de homenaje a lo que es intransable.